

Crisis en Irán

*En enero pasado, el gobierno iraní rompió los precintos de la planta de investigación nuclear de **Natauz**, en las proximidades de la fortaleza sasánida del mismo nombre. Este hecho ha agudizado una crisis que estaba adormecida desde 2003 en que el presidente iraní **Jatamí** aceptó detener el programa iraní de enriquecimiento de uranio y se avino a precintar las instalaciones y a que la **OIEA** (Organismo Internacional de la Energía Atómica) supervisara periódicamente que los sellos estaban intactos.*

El actual presidente de Irán, **Ahmedinejad**, fue elegido por mayoría absoluta el pasado verano con un programa muy radical. Inmediatamente, anunció que su país no renunciaría a desarrollar su propio programa nuclear «con fines pacíficos». El acto simbólico de romper los precintos significa el reinicio de todos los programas congelados en 2003. Pero nada es ya igual que entonces. La negativa de Irán a firmar el **TNP** (*Tratado de No Proliferación nuclear*), el radicalismo de Ahmedinejad, la proximidad caliente de la crisis iraquí y el triunfo de **Hamás** en Palestina han envenenado la situación hasta el extremo de que cualquier pronóstico, a la vista de los datos, es pesimista. Irán no ha firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear, por lo que, pese a las proclamas iraníes de que están desarrollando su programa nuclear «con fines pacíficos», el miedo es cervical y la inquietud generalizada.

El hecho de que un nuevo Estado entre en el club nuclear es crear un nuevo polvorín. En el caso de Irán, el polvorín de un nuevo silo nuclear nace sobre la tierra ardiente de otros varios polvorines: la inacabable guerra de Irak, el conflicto árabe-israelí, la lucha estratégica por el petróleo de Oriente Medio y la confrontación mundial por el terrorismo.

Letra y trampa del TNP

El Tratado de No Proliferación nuclear se acordó en la ONU en 1970 e impone a los países signatarios la obligación de no desarrollar energía nuclear y de no adquirir ni permitir la cesión de tecnología y materiales susceptibles de ser aplicados a la fabricación de Armas de Destrucción Masiva (WMD). En su artículo IV reconoce el derecho de todos los Estados al acceso a la energía nuclear como fuente pacífica de energía (*Átomos para la Paz*) y, consecuentemente, el derecho al acceso a los materiales y tecnología necesarios. El artículo IV se ha convertido de hecho en tapadera legal para camuflar como «de fines pacíficos» programas que pueden conducir, y de hecho han conducido, a la obtención de armas nucleares de destrucción masiva.

Impedir que otros países lleguen a tener armas nucleares ha sido siempre la obsesión de los que ya las tenían. Caso bien ilustrativo es el de la República Popular China que esperó a proponer un tratado de no proliferación nuclear hasta 1964, un año después de haber probado su primera bomba. Lo que interesaba a Pekín era impedir que su vecina India desarrollara las armas que China ya había desarrollado. De modo similar al de China, han conseguido desarrollar armas nucleares Pakistán, India e Israel y, más recientemente, Corea del Norte, según anunció el gobierno coreano, aunque la comunidad internacional no ha podido verificarlo.

Hasta que consiguen fabricar el arma atómica, los países que tienen esa pretensión tratan de ganar tiempo, se niegan a adherirse al TNP y mantienen sus programas herméticamente clandestinos. Irán está siguiendo esta conocida estrategia: afirma que desarrolla un Programa Nuclear Pacífico, pero pone trabas a las inspecciones de la OIEA. Sería ingenuo pensar que el programa nuclear iraní se detendrá en la fase pacífica. Si esa fuera su intención real, el Estado iraní no pondría trabas a las inspecciones de la OIEA ni tendría inconveniente en suscribir el TNP.

Una crisis regional

Ahmadinejad ha reiterado en varias ocasiones que «Israel es un tumor en la zona que es necesario extirpar». Unos dos millones de iraníes aplaudían enfervorizadamente esta profecía de deseo y desfilaban entusiasmados durante días por las calles de Teherán. El presidente ha ido más lejos: puso en duda la veracidad del holocausto judío y «en todo caso —dijo—, si Europa tiene mala conciencia, que den tierras en Alemania para que se establezcan allí los judíos», ha dicho también Ahmadinejad.

La reacción de Israel ha sido contundente. **Ehud Olmert**, primer ministro en funciones desde el ingreso hospitalario de **Ariel Sharon** (4 de enero de 2006), ha afirmado categóricamente: «Israel no aceptará bajo ningún concepto que Irán llegue a poseer el arma nuclear». **Netanyahu**, líder del partido derechista judío *Likud*, evocó que, tras una advertencia casi idéntica, Israel destruyó en 1982 el reactor nuclear que estaba construyendo Irak en Osirak. Sabemos por la CIA que Israel posee, entre 200 y 400 bombas nucleares operativas. En este clima y con este arsenal, nada puede descartarse y todo puede temerse.

El triunfo de **Hamás** en las elecciones palestinas del mes de enero pasado ha supuesto un agravamiento del escenario regional de la crisis. Hamás ha reiterado, tras su triunfo, que «Israel no tiene derecho a existir en la zona». Eso no ha sido sorpresa, pues así figuraba en su trayectoria y en su programa electoral. La gravedad añadida proviene de la amplitud de su triunfo en las urnas (72 escaños en un parlamento formado por 132 diputados) y en el apoyo explícito de Irán a la creación de un Estado islámico palestino, bajo la dirección de Hamás. Realmente, tras el desfonde de **Al Fatah** (sólo obtuvo 43 diputados), Hamás ha quedado sin rivales que puedan disputarle el poder en varios años. Los comentaristas señalan que, el renovado auge de Hamás se debe a la corrupción y falta de operatividad de la ANP (*Autoridad Nacional Palestina*). Hamás construyó un Estado paralelo con un brazo militar (las Brigadas **Izzedine Qassam**) un brazo político, que ha funcionado como un auténtico Estado asistencial (escuelas, hospitales, subsidios y otras ayudas). La gente le ha recompensado en las urnas, porque, según dicen los dirigentes de Hamás, «nos hemos identificado tanto con el pueblo que el dirigente es idéntico al dirigido». Es decir, Hamás puede convertirse ya en el catalizador único de todas las reivindicaciones palestinas. La sombra de un Irán nuclearizado planea sobre este horizonte, agrandando a un tiempo el temor que ella genera y el que genera en paralelo Israel. Los presagios son poco tranquilizadores.

De momento, los diálogos de paz están congelados y la *Hoja de Ruta* bloqueada. Nadie osa avanzar un paso ni retroceder un milímetro. Por otra parte, un Irán nuclearizado envenenará, si cabe, aún más la interminable crisis iraquí y agravará los movimientos fundamentalistas en el Golfo Pérsico y en el Cáucaso.

Una crisis europea

En 2004, los representantes de las potencias nucleares europeas firmaron con Irán el **convenio de París** que dice textualmente: «*Irán se compromete a mantener congelado su programa nuclear mientras se negocia con la UE un amplio paquete de incentivos económicos, políticos y nucleares*». No hace falta ser un lince para suponer que en ese pacto también hacían negocio los de la UE-3, pero que Irán lo hacía mayor. Este convenio ha sido letra muerta y a finales de 2005, los dirigentes iraníes anunciaron la reanudación del programa «ante la manifiesta falta de progreso en las negociaciones».

Tras este anuncio, consumado el pasado 9 de enero, la UE ha desarrollado una frenética actividad diplomática. Primero, quiso aureolarse de prestigio moral y promovió la candidatura de la OIEA al Premio Nóbel de la Paz 2005, galardón que le fue concedido al presidente de esta organización, el egipcio Hamed Baradei. Después, en coordinación con la OIEA, ha promovido encuentros de los ministros de Asuntos Exteriores para tratar de avanzar en los tres paquetes de negociación previstos en el convenio de París y convencer a Irán, no sólo de que debía mantener el parón nuclear, sino también de que debía suscribir el TNP. Los cancilleres de la UE-3 advirtieron muy seriamente a su homólogo iraní, **Jafari**, que la absoluta transparencia era la exigencia mínima.

Ante los nulos efectos de estas acciones por la vía diplomática normal, Francia, Reino Unido y Alemania amenazaron con llevar el problema al **Consejo de Seguridad** de Naciones Unidas. El paso es muy serio y así lo ha entendido Irán, que se opone a ello con todas sus fuerzas y buscando el apoyo de los países no alineados. La diferencia entre que sea la OIEA y que sea el CS quien tercie en la crisis iraní es enorme: la OIEA sólo tiene capacidad de sugerencia y recomendación; el Consejo de Seguridad tiene capacidad sancionadora e incluso de intervención militar.

El presidente iraní, ante esta iniciativa, reafirmó: «*Irán no cederá en sus legítimos derechos a disfrutar de la energía nuclear. No nos plegaremos ante*

la ONU». En el contexto, la frase no excluye el «disfrute bélico» de esta energía.

Tras un largo período sin avance en las conversaciones, el presidente francés **Chirac** realizó el 19 de enero unas inquietantes manifestaciones: «Francia no renuncia a emplear su **Force de Frappe** para impedir la proliferación de armas nucleares». Si la intención del presidente francés va más allá de pretender la disuasión, su postura es absolutamente reprochable y no puede ser compartida bajo ningún concepto.

Una crisis mundial

Finalmente, el 30 de enero los países europeos, con el apoyo de Estados Unidos, llevaron al Consejo de Seguridad la crisis iraní. La dimensión mundial del problema se hacía así evidente.

La posición de Estados Unidos respecto a la crisis iraní es exactamente la misma que **Bush** definió en diciembre de 2002 con estas palabras: «Estados Unidos no renuncia a responder con **fuerza abrumadora**, que incluye todas nuestras opciones».

Es obvio que **Bush** quería que todo el mundo entendiera que estaba dispuesto a emplear las armas nucleares. La posición del presidente francés en enero de 2006 parece haberse sumado a la que Bush adoptó tres años antes.

En este caso es más temible que en las vísperas de la guerra de Irak, porque los estrategas excluyen una intervención convencional por la magnitud de potencia que tiene Irán, por su liderazgo entre los shiíes por la nula esperanza de réditos, ni estratégicos ni políticos, y por el aislamiento internacional que representaría para EE.UU. después del fiasco de Irak. Pero de la dificultad de una operación convencional no se infiere la imposibilidad de cualquier operación militar. Algunos comentaristas estadounidenses han escrito que podría estudiarse la posibilidad de una utilización de armas nucleares de bajo perfil y controladas para destruir solamente los silos subterráneos iraníes. Esperemos que la sensatez desaconseje dar en ese sentido un solo paso, puesto que nadie puede saber cuál sería el segundo.

Por otra parte, está el problema mundial del suministro energético. Irán es el cuarto productor mundial de crudo y el segundo de la OPEP. El

presidente Ahmadinejad ha lanzado la amenaza velada, pero suficientemente clara, de que Irán «podría modificar las condiciones de suministro de crudo». Esto quiere decir que puede haber restricciones al comercio, elevación de precios y suministro selectivo. Sólo estas declaraciones ya han producido un nuevo ciclo alcista en el precio del petróleo en el mes de enero último. Occidente, materialista, que no siempre se moviliza por las causas de la justicia, ha estado siempre presto a intervenir por las causas de los intereses. Europa, con su casi absoluta dependencia energética, sería la más amenazada. Esto puede explicar la «preventiva» aproximación de Chirac a Bush.

La misma vara y el mal menor

Tras la descripción que antecede, transcribimos algunas reflexiones-denuncias que impregnan todo el relato.

El TNP y la resolución 1.540, que da normas sobre su aplicación, deben ser exigidos a todos por igual. La ONU no mide con la misma vara a todos los Estados. No deberían funcionar ni el derecho de veto en el Consejo de Seguridad ni el americanismo/antiamericanismo en la Asamblea General. ¿Por qué a Irán se le escudriña cuando se hizo la vista gorda con India, Pakistán e Israel?

Es injusto el llamado «derecho preferente» que los miembros del club nuclear se adjudican a ellos mismos en lo que se refiere a control y transferencias de tecnología y materiales sensibles. Deberían estar estas funciones en manos de todos. Por lo mismo, la OIEA y el Comité de la ONU deberían ser abiertos y neutrales. Por haber accedido a la bomba, quebrantando la letra y el espíritu del TNP, ni Israel ni ningún otro país puede ser autorizado a hacer lo que ahora no se permite a Irán.

Parece éticamente claro y políticamente conveniente que, por haberse consentido males en el pasado, no deben consentirse otros en el futuro. Que Israel posea la bomba y que otros países hayan burlado también el TNP proporciona argumentos, pero no razones para que también la posean sus vecinos. Lo ideal sería, no que se nuclearice Irán, sino que se desnuclearice Israel.

El recurso a la fuerza nuclear para impedir su proliferación es una insensatez y una perversión ética. Se opondría a todo principio ético: la moralidad y proporcionalidad de los medios, los efectos indirectos malignos, la balanza entre el bien deseado y el mal causado. ■